

«O en vez de pozo que haya una acequia donde corre el agua bajo la sombra». «Y si tiene dos puertas será mejor su protección y mayor el descanso de el que la habita». «Luego junto al estanque plántense arbustos cuyas hojas no caigan y que alegren la vista». «Y algo más lejos, que se dispongan flores de varias clases, y más allá todavía, árboles perennes». «Y por los perímetros, parras, y en el centro del conjunto entero una suficiencia de parrales colóquense paseos que circundan el jardín para servir de margen».

«Y entre los árboles frutales inclúyase la vid parecida a una mujer delicada, o árboles maderables, después arréglese la tierra virgen para sembrar lo que se desea que prospere».

«Que haya en el último plano árboles como la higuera o cualquier otro que no haga daño». «Y todo árbol frutal que crece grande plántese en un hoyo para que su erguido desarrollo sirva para abrigar contra el viento del norte y que no impida que el sol llegue (a las plantas)». «En el centro del jardín hágase un templete en que sentarse, y con vistas a todos lados, pero de tal forma que el que entre no pueda oír la conversación que allí se sostiene y adonde nadie pueda llegar inadvertido».

«Que a aquel arrímense rosales (trepadores) y arrayán (también) así como todas las plantas que adornan un jardín».

«Y éste debe ser más largo que ancho para que la vista pueda explayarse en contemplarlo».

Las alusiones ofrecidas en esta descripción, aunque corresponden a un jardín de carácter pragmático, señalan, sin embargo, el gusto de la eternidad resentido por el «contemplador» de la Alhambra. Allí, existen el patio de la acequia del Generalife y el patio de los Leones. En estos jardines llegan las máximas escatologías a su punto culminante... En el centro brotan aguas esparciéndose por canales hacia las verduras y los salones, entre los canales abundan flores de varios colores, alrededor de las albercas se extienden hileras de mirto, este arbusto sirve para abrigar la alberca contra la evaporación, dijo Ibn Zamrak:

«O Alcázar Genil, llena está tu morada y no contiene jardín más que belleza». «¡Qué bello es tu estanque! Sobre él el viento Oriental teje cotas de malla debajo de los gallardetes que extienden los árboles». «Y el mirto cuyo bozo lo rodea por él cuya pasión es para el bozo». El vergel es más largo que ancho, la vista entonces puede explayarse para contemplar un quiosco abierto por todos lados, adornado por una miniatura muy fina, desde él se extiende la vista a todo el vestido floral del jardín. Entre éste y los salones hay pasillos estrechos para los que quieren acariciar de cerca las flores, los peces o las aves. Todo está cernido por paredes de arquitectura minuciosa y preciosa. Al entrar a los salones no se quita el placer de la vista, sino sigue viviendo hasta la hermosura enloquecedora de las bóvedas. Y todavía se habla, en torno a estos dos jardines, de la desnivelación entre los arriates y los pasillos circundantes que tenían como funciones: «1) hacer resaltar el carácter geométrico del conjunto, 2) que el ramaje no pudiese llegar a suficiente altura para ocultar la arquitectura, lo cual hubiera repugnado a los árabes, 3) convertir el jardín en especie de alfombra floral de tal forma que cualquier persona pisando sobre un pasadizo

nivelado con las coronas de las flores, tenía la ilusión de pisar sobre un tapiz con flores en vez de hilos».

En el Generalife, aquel paraíso situado en la corona de la Alhambra, descansaba el sultán Yúsuf Abú-l-Haÿÿaÿ de los problemas profanos. Sobre ese jardín nos dice Théophile Gautier: «La verdadera maravilla del Generalife son sus jardines y sus aguas. Un canal revestido de mármol ocupa toda la longitud del vallado, y hace rodar sus olas abundantes y rápidos bajo una serie de arcadas de follajes. Naranjos y cipreses están plantados sobre cada borde, la perspectiva termina con una galería porticada de chorros de agua y de columnas de mármol». A propósito de estos obsequios, me gustaría finalizar la descripción insistiendo sobre la identidad del mundo musulmán occidental. El jardín en este mundo se caracteriza por la estructuralización occidental de los orígenes orientales. El Corán en la España musulmana ha gozado de una tierra muy fértil, llena de aguas y verduras; de una naturaleza hermosísima y de una mentalidad suavizada por el frío del clima y la dulzura del aire.

En el Generalife, ya no se viven, desgraciadamente, aquellas noches alegres de los sedientos de la eternidad. Volvamos, entonces, a Marruecos para fundir esas admiraciones —interrumpidas— en el Palacio al-Badi' construido por el Mansur Sa' en Marrakech y en el camino ed-Duh de Fez y... Allí en las residencias burguesas sobrevive el modelo excelente del Generalife trasladado por los musulmanes expulsados de España. Este modelo ha tenido en Marruecos una especificidad propia convertido en un jardín que se llama Riad. El *riad* se compone con las arquitecturas que lo encuadran en plano de un jardín: «Unos o muchos pasillos, todos rectos, cubiertos de ladrillos rosados o esmaltados, dividen (el *riad*) en toda su longitud, uniendo los edificios que están unos frente de otros, salas ampliamente abiertas, o galerías o pabellones en antecuerpo. Algunos pasillos semejantes, atravesando todo lo ancho del jardín, cortan los primeros en ángulo derecho. Reconocemos, aquí, la disposición de la cual los tapices de los jardines persas nos han presentado el esquema. Entre estos pasillos de líneas rígidas y perpendiculares, abrigan parras y rodean balaustradas de cañas, de madera pintada o de hierro forjado; los macizos se forman como albercas de verdura, porque están debajo de los paseos que los encuadran. Algunos pilares y chorros de agua señalan el punto de partida o el encuentro de los pasillos. A veces un terraplén alzado precede de un lado las galerías y los quioscos. De allí, se prolonga la vista hacia la perspectiva de estos bosquecillos, de los caminos, de las parras y de los pilones donde se reflejan las plantas y el cielo. En estos macizos de verdura, la naturaleza se encuentra en sí misma. Aquí no hay ningún mosaico vegetal extendido sobre el suelo como aquellos que componen los horticultores europeos, pero hay, más bien, fragmentos de vergeles, donde los árboles frutales y las plantas de ornamento conviven en un desorden lleno de abandono y de bondad. Almendros, granados, melocotoneros, cerezos, naranjos, limoneros entrelazan sus ramas y en medio de ellas surge la sombra obelisca de un ciprés. Están muy a menudo llenas del piar y del alear de los pájaros, porque éstos se deleitan aquí, sin estar casi nunca molestados; sino pueden libremente picotear los frutos o beber en los pilones, y así, forman parte de la decoración».

Así que el *riad*, como resumen de los jardines del Islam, presenta unas contradic-

ciones coherentes a nivel de la estética musulmana. Esta coherencia expresa el deseo de encuadrar una estructura propia desde la diversidad de las inspiraciones.

III. El jardín islámico: simbolismo y escatología

El paraíso: «Los que temen la majestad de Dios tendrán dos jardines. ¿Cuál de los beneficios de Dios negaréis? Ambos ornados de bosques. ¿Cuál de los beneficios de Dios negaréis? En ambos dos fuentes vivas. ¿Cuál, etc.? En ambos dos especies de cada fruto. ¿Cuál, etc.? Descansarán reclinados en alfombras cuyo forro será de brocado, los frutos de los dos jardines estarán al alcance del que quiera cogerlos. ¿Cuál, etc.? Allí habrá vírgenes de modesta mirada, que no han sido tocadas jamás por hombre ni por genio alguno. ¿Cuál, etc.? Se parecen al jacinto y al coral. ¿Cuál, etc.? ¿Cuál es la recompensa del bien, más que el bien? ¿Cuál, etc.? Además de estos dos jardines, habrá allí otros dos. ¿Cuál, etc.? Dos jardines cubiertos de verdura. ¿Cuál, etc.? Donde brotaron dos fuentes. ¿Cuál, etc.? Allí habrá frutos, palmeras y granados. ¿Cuál, etc.? Habrá allí buenas, hermosas (mujeres). ¿Cuál, etc.? Mujeres vírgenes de grandes ojos negros, encerradas en pabellones. ¿Cuál, etc.? Jamás hombre ni genio las ha tocado. ¿Cuál, etc.? Sus esposos descansarán sobre cojines verdes y magníficas alfombras». (LXIII, 46-76). Este discurso trascendental presenta el conjunto de los sentidos originales que se fundieron en los elementos simbólicos del jardín a través de la historia. La historia del jardín es, desde luego, el proceso de la significación inspirada de lo impensado escatológico y mantenida por repeticiones, sustituciones y transformaciones ordenadas según la ley de la presencia central (la presencia de los orígenes). El paraíso, o sea, el jardín, el *firdaws*, la *rawdā*, ofrece en el Corán el sentido de un lugar perfecto y absoluto (pureza, santidad, virtud, riqueza, goce permanente, eternidad...). Para presentar ese modelo ideal del jardín no hay más remedio que tendernos a la habitación de nuestros primeros padres «antes» de su pecado, o al jardín maravilloso que se abre a las almas «después» de franquear sus últimos pasos del sendero del purgatorio. El jardín musulmán es una expresión del espacio-tiempo escatológico, y un hecho humano elaborado por la nostalgia (antes) y la esperanza (después). Por tanto, el jardín es un hecho humano realizado en la historia de los pecados, pero edificado por la voluntad de expiar estos pecados. Partiendo de esta concepción, sería indispensable tratar a los objetos del jardín islámico, no como cosas transparentes, sino como símbolos cuyos sentidos se ocultan en las profundidades inconscientes de la fe desgraciada (por la crisis de la Revelación ante la historia) y soñadora. A propósito, me gustaría aludir a un texto de Sakir de Orihuela, donde podemos discernir el conceptualismo del sueño islámico: «Así que los hombres han pasado a través del *sirat* y han acabado de recorrerlo en toda su extensión, y han dejado ya a sus espaldas el infierno, salen a la llanura que es camino del paraíso, acompañados de los ángeles de la misericordia divina que hacia él los guían y les animan a caminar con cánticos de alabanza y gloria al Señor, hasta que los conducen a él, dándoles albricias por su salvación y felicitándoles por su victoria. Cuando ya están y a punto de entrar en el paraíso, comienzan a sentir el soplo suave y sutil, fresco y aromático, del céfiro que allí reina, el cual trae el descanso a sus almas y les hace olvidar todas las penas que han pasado en las varias estancias del juicio y los infortunios que hubieron de soportar en sus diversas mansiones... Alzanse a la